

GUILLERMO SHERIDAN, *México en 1932: La polémica nacionalista*. Vida y Pensamiento de México. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA
UAM-Azcapotzalco-Humanidades

PARA SU proyecto “Documentación de la historia de la literatura mexicana moderna”, Guillermo Sheridan se ha propuesto reunir los materiales dispersos en hemerotecas y archivos indispensables para el mejor conocimiento de nuestra literatura. La tarea, ardua y provechosa, muestra en el presente volumen resultados de gran calidad, tanto por el valor que en sí mismos contienen los documentos reunidos dentro de una secuencia cronológica y bajo el criterio de exhaustividad, como por el inteligente y puntual estudio preliminar elaborado por el compilador.

Entre los múltiples esfuerzos por contribuir a una historiografía de la literatura mexicana, a lo largo de las últimas dos décadas, Guillermo Sheridan ha realizado significativos aportes en el establecimiento de fuentes documentales indispensables para el mejor conocimiento de la obra individual y grupal de los Contemporáneos —por sólo referir lo más visible junto a su trabajo sobre Tablada—, y en la elaboración de estudios y ensayos sobre estos autores y Reyes, López Velarde y Paz, por ejemplo. Como autoridad reconocida y celebrada, su propuesta historiográfica, su método crítico y su perspectiva ensayística cuentan con multitud de simpatías individuales y con apoyos institucionales. Nada más natural, porque es difícil no compartir sus puntos de vista y evidente agradecer la bondad de sus aportes documentales.

La polémica “literaria” de 1932 es harto conocida por dos de los más notorios episodios: el reclamo de “evidente desvinculación de México” que el entonces muy joven y desconocido Héctor Pérez Martínez hace al muy prestigiado Alfonso Reyes, por lo que publica en su *Monterrey*,

correo literario, y tras la larga secuencia de la polémica el reclamo del Ministerio Público por supuestas “faltas a la moral” publicadas en la revista *Examen*, que llevó a cancelar la última revista realizada por algunos de los miembros de Contemporáneos y a su obligada renuncia a los cargos públicos que desempeñaban. Ambos asuntos se habían documentado y estudiado, siempre de manera parcial. Ahora, Sheridan recupera e integra la documentación (falta para un futuro toda la información relacionada al asunto legal de las demandas ante el Ministerio Público) y establece los cauces interpretativos del enfrentamiento.

Entre los 138 documentos compilados se encuentran notas periodísticas de varia índole y extensión de una veintena de “escritores” como Héctor Pérez Martínez, fragmentos del *Diario* de Reyes y de su correspondencia cruzada con una docena o poco más de individuos y, como un centro protagónico, los casi veinte textos —notas, artículos y cartas— del entonces afamado Ermilo Abreu Gómez, con renombre incuestionable, aunque de dudosa consistencia literaria y con dobles y triples propósitos en los ámbitos públicos, según se desprende de su vehemente participación.

Dentro del conjunto de documentos, los aparecidos en la prensa diaria muestran la estrategia discursiva pseudo estético-literaria que se desea hacer concurrir sobre el vértice del dogma populista, nacionalista y revolucionario entonces en boga, cuyos medios pedagógicos tenían fines doctrinarios; eran la parte de un todo de métodos hegemónicos, sin duda, a los que se apelaba como instrumento de una incipiente, burda, ruda estrategia política que no discriminaba ni se detenía en miramientos: se buscaba la hegemonía, a como diera lugar. Así era la realidad ideológica de aquel México, aunque no nos guste o incluso nos repugne, porque todo se orientaba hacia la consolidación del Estado mexicano derivado de la Revolución, lo cual se deseaba hacer mediante la imposición de normas dogmáticas.

Los documentos privados que también nutren la discusión, las notas de diario y la correspondencia entre Alfonso Reyes y su docena de interlocutores y la de Ermilo Abreu Gómez y sus correspondientes que igual

suman casi una docena, entre los más significativos, entre todos ellos integran y muestran la parte oculta de una estrategia doble. Primero, Reyes apela a sus amigos para que le hagan justicia (moral, porque no hay de otra posible) y reconozcan en su *A vuelta de correo* no sólo la úlcera viva de un acrisolado y lacerante agravio, sino el alegato autojustificatorio de su vida en el extranjero al servicio de las mejores causas de México. Segundo, Abreu Gómez, asimismo, apela a los que considera sus amigos (y quienes seguramente a partir de la polémica se distanciaron) para convencerlos de las bondades de su postura, concurrente con las bondades de la ideología hegemónica gubernamental; y solicita, implícita, discretamente, el aval para su autonombramiento como director concertador de la literatura mexicana.

Para 1932, en México urgían resultados inmediatos y prácticos, como cristalizar, ya, el porvenir, con todo y una ideología propia que articulara y diera cohesión al anhelado Estado nacional, esa abstracción pública en la que desde la Convención de Aguascalientes se depositan las ilusiones de algo parecido a una redención del pueblo. Todas las fuerzas de todos los individuos estaban encaminadas a estos fines, en particular cuando la emergente generación de jóvenes como Héctor Pérez Martínez —como le espeta a Alfonso Reyes— muestra prisas por obtener sus metas, que dice son las de la nación, y que Abreu Gómez estimula y encauza para su propia conveniencia de manera obvia, aunque enmascarado bajo la idea de la misión del escritor, membrete común en el siglo XIX, pero para los años treinta de nuestro siglo aparece francamente deslavado.

Es un hecho que el “espíritu vasconcelista” depositado en las élites educadas y sensibles de los años veinte, en los treinta cambió de manos, las que se aprestaron a poner en práctica estrategias que, ¡ahora sí!, ofrecieran resultados inmediatos y palpables, y no sólo episodios anecdóticos útiles para el regodeo autocelebratorio en discursos de ocasión. Con recursos institucionales y violencia intelectual, esa generación emergente apeló a la seguridad pedagógica, ideológica, partidaria y tanto más, aderezado con el imprescindible ingrediente cohesionador de complicidades

poco claras, deshonestas o de plano corruptas. Para obviar lo evidente: en la polémica de 1932 aparecen con descarnada brutalidad los mecanismos de la lucha por el poder, como Genaro Estrada describe con gran discreción y sabiduría en su respuesta a una carta de Abreu Gómez.

Pero incomodidades y enojos anacrónicos aparte, como los que trata de contener Guillermo Sheridan en su estudio preliminar, esto era conatural a cualquier revolución, como la mexicana, que se proponía edificar todo el aparato estatal desde los cimientos. Por supuesto, dentro de la esquemática ideología marxista dominante, también se debía atender a las superestructuras, para con ellas crear al hombre nuevo, que correspondiera al México nuevo. En el cambio de horizontes y dentro del discurso ideológico vigente, las expectativas apuntaban a una ruptura profunda con el pasado, con sus representantes y herederos, más, sí éstos se perciben y reconocen como epígonos ejemplares que cuentan con recursos, talento y trabajo acumulado de prestigiada calidad.

La parte privada de la polémica, que con tan buen tino recuperó e integró Sheridan, también es sensiblemente reveladora, más por los aspectos turbios que siempre subyacen dentro de las polémicas periodísticas. Sin duda alguna, la estrategia de enderezar contra los Contemporáneos y, sobre todo, contra Alfonso Reyes la peor de las beligerancias obedecía a la eliminación del “enemigo” a vencer para, en su lugar, colocarse los vencedores; una estrategia de guerra manida y pobre, más por la mediocridad y vileza de los atacantes y de sus recursos. Como la polilla que socava, igual los polemistas emprendieron el desprestigio del “enemigo” mediante chismes y descalificaciones a *soto voce* para expulsarlo del paraíso terrenal, la nómina gubernamental: con eficacia lograron que los Contemporáneos dejaran sus cargos —siempre secundarios— en oficinas del gobierno y que Reyes sufriera en lo inmediato un violento desequilibrio en su embajada en Brasil y, un par de años después, lo destituyeran, y en su lugar fuera nombrado José Rubén Romero, ni más ni menos, quien en 1933 presidió el muy honorable Comité de Salud Pública que demandó ante el Ministerio Público a los Contemporáneos por faltas a la moral.

Si bien es sospechoso, innecesariamente largo el alegato plasmado por Reyes en su *A vuelta de correo* como autodefensa ante un demandante desconocido y menor —como casi todos sus amigos le hacen ver y discretamente reprueban por estar muy por encima de la polémica—, también lo es la manera como Reyes apela a sus amigos y colegas para que intercedan por él ante circunstancias e individuos en donde no contaba con buena imagen, pues su reiterado “háganme justicia” obedece a un recordatorio casi plañidero de su desventura —ciertamente raro en su *corpus* literario—. Por ejemplo, ¿por qué envió a Francisco Castillo Nájera su folleto, cuando como amigos eran distantes y como colegas mostraban animadversión recíproca? ¿Había que prevenir el futuro dentro de Relaciones Exteriores!, más porque entre los listados de los nombres de los embajadores el de Reyes contaba con el (des)honroso membrete de “reaccionario” manuscrito al margen.

Los gestos íntimos de la parte oculta de la polémica también resultan elocuentes, porque por un lado se pueden observar las maneras de una pseudocortesía donde los interlocutores optan por los rituales inocuos pero útiles para salvar obstáculos y pavimentar el eventual encuentro en el porvenir —por ejemplo, los elogios entre Pérez Martínez y Reyes, o entre éste y Abreu Gómez—, y, por el otro, se alcanzan a atisbar algunos pocos rasgos de una profunda amistad recíprocamente alimentada y compartida, que permite una autocrítica cuya sinceridad es de veras significativa, más porque en lo dicho se encierra el núcleo del reclamo polémico y, más aún, porque muy pronto esa autocrítica y profunda confesión privada será la clave para comprender una prolongada y valiosa actividad pública, me refiero a la carta que Jaime Torres Bodet envió a su cercano Bernardo Ortiz de Montellano y que no resisto citar aquí:

Sí, eso fue lo más doloroso. Nuestra generación fue una generación de personas que creían que ciertas cosas no se podrían saber sin haberlas previamente “aprendido”. De allí nuestro pedantismo de grupo —y nuestra vaciedad particular. Nos faltó respeto para la vida, oído para la experiencia. Y ahora pretendemos deshacernos de esta responsabilidad acusándonos unos a otros. Yo, por mi parte, estoy cansado de princi-

piar. No quisiera que alguien pudiera aplicarnos en lo futuro, con justicia, aquél [epigrama] de Díaz Dufoo —a quien tan pocos elogiaron en vida como debíamos—: “Comenzó una vez y luego volvió a comenzar. Comenzó de nuevo, comenzó siempre. Cuando otros llegaban, él comenzaba, no llegó nunca”. Bastante daño nos han hecho a unos y a otros los jóvenes mentores. Los críticos irreprochables, directores de escena del gusto. Querían transformarnos. Y luego, cuando nos transformamos —pero no por consejo suyo, sino por obediencia leal a la vida— nos encontraron desusados, extraños, fuera de moda. Y esa lección es la única que pretendo aprovechar en lo próximo: la de sentirme contento de no estar demasiado “a la moda” (302).

Entre lo público y lo privado se teje una red informativa básica con la que se pueden atrapar la mayoría de los conceptos y procedimientos que buscan orientar el rumbo de la literatura mexicana. Las cualidades de la polémica de 1932 no son exclusivas: a lo largo de todo el siglo XIX y prácticamente todo el XX hay poco más de una veintena de enredos polémicos equivalentes y en todos, bajo el asunto literario, lo que en realidad se confronta son asuntos ideológicos y de poder; son enredos útiles para depurar, desde conceptos y realizaciones estéticas —las menos, paradójicamente—, hasta filiaciones y recursos materiales —las más, como ingrediente básico—; son enredos cuya dimensión en sí misma se comprende y pondera mejor cuando se consideran los contextos políticos inmediatos dentro de su secuencia a lo largo del tiempo.

Si antes agradecíamos a Luis Mario Schneider su noble labor de rescate y valoración, como su ejemplar *Ruptura y continuidad*, ahora adquirimos nuevas deudas con Guillermo Sheridan, quien prosigue con la propuesta digna del mejor encomio, desde la concepción de su proyecto hasta las impecables notas al calce.¹ Igual debemos agradecer a editoriales como el Fondo de Cultura Económica y las universitarias, que in-

¹ En abono a la compilación, para una futura reedición convendría incorporar el pequeño libro de Alberto Quiroz, *Situación de la literatura mexicana*. León, Eds. Guanajuato, 62 pp. No tiene colofón, pero el autor lo fecha en México, D.F., enero de 1933.

vierten sus recursos en libros tan especializados e indispensables para nuestra historia.

Por último, el estudio introductorio de Guillermo Sheridan es un valioso aporte al estudio de la historia intelectual y de las ideas de los años veinte y treinta. Sin embargo, también muestra aspectos metodológicos que convendría reconsiderar, más cuando el volumen se inscribe dentro de su proyecto “Documentación de la historia de la literatura mexicana moderna”. Como propuesta analítico interpretativa, más corresponde a las nociones de la crítica literaria que a las de la historiografía, porque primeramente responde a concepciones estéticas y morales —las cuales comparto con entusiasmo—, con lo que su valoración se ciñe a su propia y ponderada subjetividad, cimentada sobre un sólido, detallado conocimiento de la época, obras y autores y fortalecida con el diálogo que establece con críticos con los que comparte puntos de vista, porque con los que no simplemente hace caso omiso —salvo en una única ocasión, que refiero en el siguiente párrafo.

Cuando Sheridan responde a las nociones historiográficas, lo hace de manera secundaria y, sobre todo, desde una perspectiva cesgada, en cuanto privilegia la valoración sobre la comprensión, de aquí que algunos juicios parecen referir a momentos más próximos a los del autor. La perspectiva de poco más de 60 años desde la que ahora se puede mirar, analizar y ponderar la polémica de 1932 permite abordar el problema como parte de un proceso histórico, cuyo rasgo episódico se puede reconstruir con cierta facilidad. Independientemente de nuestras simpatías y antipatías, que él trata de controlar, pero no siempre lo logra, ese proceso merece ser abordado con marcos correspondientes a lo que es y cómo es en sí mismo dentro del propio contexto, y no con parámetros de otras épocas para evitar anacronismos, tanto históricos como estéticos —por ejemplo, el que él reclama a Jorge Aguilar Mora, quien atribuye criterios estéticos de los años sesentas franceses a la literatura mexicana de los treinta.

Finalmente, destaca cómo entre el crítico y el historiador se yergue el ensayista, cuyos puntos de vista arriesgan interpretaciones eventualmen-

te polémicas —característica que en sus artículos periodísticos sobre temas de actualidad aparece en forma regular—. Sin embargo, contradictoriamente a este rasgo distintivo, en el diálogo que establece con los críticos que lo han antecedido o acompañado en la disquisición sobre los Contemporáneos y la polémica de 1932, Sheridan opta por un intercambio de opiniones que oscilan entre la simpatía obediente (todo lo que generosamente cita de Octavio Paz lo acata como verdad irrefutable, por ejemplo), y la forzada condescendencia (como las repetidas ocasiones en que refiere a Christopher Domínguez Michael, con quien incluso discrepa en tono por demás falsamente comedido). No obstante, él, tan proclive a la polémica, en sus trabajos de largo aliento crítico, historiográfico y ensayístico elige una conducta que resulta sospechosa: anula no sólo la discusión de ideas y puntos de vista, sino también a quienes hayan realizado algún tipo de acercamiento a temas comunes aunque con visiones distintas, como son la polémica de 1932 y los Contemporáneos, de cuya abundante bibliografía crítica hace sensibles parcializaciones y de lo que desecha inexplicablemente hace caso omiso, no por falsa desinformación, sino por arrogante desdén.